

Recursos sociales y recursos científicos en la explicación de los materiales etnográficos. Retrospectiva sobre una investigación de la prejubilación de los mineros asturianos¹

Social Resources and Scientific Resources in the Explanation of Ethnographic Materials. Retrospective on a Research About Early Retirement of Asturian Miners

José Luis GARCÍA GARCÍA

Facultad de CC. Políticas y Sociología (Antropología Social)
Universidad Complutense
jlgg@cps.ucm.es

Recibido: 22.4.09

Aprobado definitivamente: 3.6.09

RESUMEN

En este artículo se analiza la forma en la que las relaciones sociales entre los sujetos investigados y los investigadores influyen en los argumentos utilizados en los textos etnográficos. Las investigaciones cualitativas no pueden avanzar sin pagar el precio social que ha facilitado la comprensión de los fenómenos estudiados. La argumentación incluye entonces dimensiones retóricas, que deben tenerse en cuenta a lo largo de toda la investigación. En el texto que se propone se revisan algunos momentos de la argumentación etnográfica, en una investigación sobre la prejubilación de los mineros asturianos.

PALABRAS CLAVE: Prejubilación, mineros, discursos, retórica, etnografía.

ABSTRACT

In this article there is analyzed the form in which the social relations between the investigated subjects and the investigators influence the arguments used in the ethnographic texts. The qualitative investigations cannot advance without paying the social price that has facilitated the understanding of the studied phenomena. The argumentation includes then rhetorical dimensions, which must be considered throughout all the investigation. In this text some moments of the ethnographic argumentation are reviewed in an investigation about the early retirement of the Asturian miners.

KEYWORDS: Early retirement, miners, discourses, rhetoric, ethnography.

SUMARIO

Las relaciones sociales y la argumentación científica. La delimitación temática de la investigación. La construcción de los contenidos categoriales y la inconmensurabilidad de las conductas. El proceso de organización teórica. Conclusiones.

¹ Este artículo se ha realizado dentro del proyecto 'Prejubilados españoles: políticas sociales para la reorganización del tiempo en los espacios públicos (SEJ2004-05327).

LAS RELACIONES SOCIALES Y LA ARGUMENTACIÓN CIENTÍFICA

La tarea más delicada del proceso científico consiste en compaginar adecuadamente las teorías (orden lógico) y los datos (orden ontológico), es decir tratar de una forma epistemológicamente correcta las realidades estudiadas. Cualquier método tiene que abordar este problema, y las recetas propuestas para operar correctamente rara vez cierran por completo todos los huecos de este desnivel. Por las fisuras que quedan sin cubrir se cuelan irremediamente elementos incontrolados que se pueden traducir en una gran variedad de recursos argumentativos. En este proceso juegan un papel importante las relaciones del investigador con el objeto estudiado, y los cometidos funcionales que cumple el autor en los textos que produce (Foucault, 1969). Las implicaciones de estos ingredientes apenas aparecen en las ciencias formales, pero alcanzan su máximo nivel en los textos más próximos al construccionismo literario. Las ciencias sociales navegan en un espacio abierto a las especificaciones autoriales, por lo que sus resultados, más o menos exitosos, nunca son productos exentos de una cierta elaboración retórica.

Teóricamente son muchas las circunstancias en las que se puede producir el filtraje referido y la retórica argumentativa, desde la tematización de los problemas hasta su textualización, pasando por los desajustes existentes entre las definiciones y la inconmensurabilidad de las conductas; entre las dimensiones sociales y las concreciones individuales de los fenómenos estudiados y entre los discursos conformadores de las categorías colectivas y sus referentes, por no citar más que algunas de las que van a ser objeto de análisis en este escrito. De hecho, la refutación, a la que más tarde o más temprano se pueden ver sometidas las teorías en las ciencias sociales, no es más que un ejercicio de deconstrucción de la retórica argumentativa introducida en los textos de la mano de los desajustes epistemológicos incontrolados.

Por lo que respecta a la Antropología Social, la práctica de campo es un contexto adecuado para colocar a los antropólogos implicados en una situación propicia al filtraje de este tipo de argumentaciones retóricas. La peculiar posición del etnógrafo, comprometido biográficamente

no sólo con su supervivencia cotidiana en el campo, sino también con la comprensión vivencial de los fenómenos sociales que le rodean, es una garantía casi absoluta de subjetivación. La emblemática observación participante de la disciplina supone un ejercicio de traducción de situaciones y sentimientos a las propias experiencias: una traducción fenoménica previa a la argumentación epistemológicamente correcta del discurso científico, y sujeta, como toda traducción (*traduttore, traditore*) a la peligrosa desincronización entre el producto final y el modelo original. No en vano el proceso etnográfico, es decir, el camino que va desde la recogida de materiales a la escritura de un texto, se ha convertido últimamente en el principal campo de confrontación metodológica en el ámbito de la Antropología Social (ver p.e. Clifford y Markus, 1990)

Para ilustrar esta temática voy a echar mano de una investigación reciente sobre los mineros prejubilados: un tema especialmente oportuno, pues se trata de fenómenos sociales nuevos, en las cuencas mineras asturianas, que conllevan no sólo una reorganización conductual de las prácticas cotidianas, y consecuentemente una alteración drástica de las comunidades afectadas, sino también una movilización de los imaginarios sociales sobre los mineros, el trabajo y las mismas prejubilaciones, que se traduce en un estado de opinión con posiciones irreconciliables, que generan enfrentamientos entre los diferentes sujetos sociales. En estas condiciones, el trabajo de campo coloca al investigador en medio de un trasiego ideológico y conductual que no sólo le afecta, sino que además le obliga una y otra vez a tomar partido, por mucho que se aleje de las cínicas recomendaciones de no intervención de los recetarios etnográficos.

LA DELIMITACIÓN TEMÁTICA DE LA INVESTIGACIÓN

El primer cometido de una investigación es el de definir su temática de estudio. Esto se hace generalmente en medio de una gran opcionalidad que nunca se puede dilucidar con los requisitos epistemológicos explícitamente asumidos en el proceso de investigación, y que en buena medida está determinada por las circunstancias

personales del autor y por las distintas categorizaciones y subsecuentes definiciones de los fenómenos estudiados. Aunque en principio no existe límite alguno que impida seleccionar como tema de investigación un aspecto de la realidad social, cualquier opción lleva implícita la necesidad de sincronizar operativamente las categorías epistemológicas y las realidades sociales de los fenómenos seleccionados. Una simple comparación de las diferentes publicaciones sobre los prejubilados (Castillo J.J., 1998, García, 2007a, 2007b, 2008a, 2008 b, Castillo S., 2008a, 2008b, Devillard, 2008a, 2008b, Jociles y Frazé, 2008) nos muestra la gran heterogeneidad de este colectivo y la dificultad de agruparlos coherentemente a todos bajo la misma categorización social. En este ejercicio se corre el peligro de dotar de una trascendencia indemostrada al hecho coincidente, pero socialmente formal, de que dejar de trabajar a una edad previa a aquella en la que se jubilan los demás trabajadores, y hacerlo por exigencias de un plan de reajuste económico por parte de las empresas, genera unas condiciones sociales suficientes para agrupar a todos aquellos que circunstancialmente se encuentran en esta situación. La consecuencia de ello es la naturaleza retórica de la definición temática de la investigación que se trata de realizar. Esta retórica se concreta en la construcción de la homogeneidad categorial, a partir de una característica formal bastante irrelevante, desde el punto de vista social.

En el caso de las prejubilaciones en Asturias esta construcción categorial de la homogeneidad tuvo unas consecuencias poco positivas en el conocimiento de los hechos. Los primeros trabajadores afectados por las prejubilaciones en Ensidesa y en la Naval empezaron a prejubilarse a edades con las que ya se venían jubilando los mineros desde siempre, por el hecho de aplicárseles los cómputos reductores de vida laboral, a los que tienen derecho por trabajar en tareas peligrosas. O sea que, comparativamente, y desde el punto de vista del cese de la vida activa, quizás hubiese sido más correcto agrupar a los prejubilados de estas dos empresas no con los prejubilados, sino con los jubilados de la minería. Pero nos encontramos con el mismo problema al hablar de los mineros prejubilados. En 1991 esta categoría apenas había iniciado su

proceso de construcción social. Prejubilarse era entonces algo tan equivalente a jubilarse anticipadamente que en el Primer Plan de Empresa en el que se trata el fenómeno, se considera indistintamente, bajo las previsiones numéricas de 4434 trabajadores jubilados, a unos y a otros. Actualmente, lo realmente peculiar de las prejubilaciones mineras es que, por aplicárseles los cómputos reductores señalados, tienen lugar, en algunos casos, a edades muy tempranas, que están rayando los cuarenta años. Pero incluso entre de los mismos mineros la situación no es fácilmente homogeneizable, dada la gran cantidad de categorías laborales existentes en la mina, y la distinta relación que cada una de ellas tiene con los cómputos reductores. Los que se benefician de reducciones del 50% (los trabajadores del arranque generalmente) no son prejubilados equivalentes a los que se jubilan tras una vida laboral como mineros del exterior (5%): si los primeros pueden llegar a prejubilarse a los cuarenta, los segundos lo hacen a edades mucho más avanzadas, rondando ya los cincuenta y cinco o los sesenta años. Por lo tanto la categoría de prejubilado minero es un constructo estratégico tan complejo como puede serlo la de prejubilado sin más.

Las ciencias sociales, ante la heterogeneidad de este tipo de fenómenos, utilizan la estrategia de desmenuzar las variables supuestamente determinantes de la diversidad interna de la categoría. Sin embargo tales variables sólo tienen sentido, si los fenómenos globales a los que se aplican son en sí mismos consistentes. Bien podría suceder que, en el caso de las prejubilaciones, las variables fuesen temáticamente más relevantes que la categoría que las agrupa. Ello significaría que el tema de las prejubilaciones, como tal, desde el punto de vista de los sujetos afectados, no sería propiamente un fenómeno social consistentemente delimitado. Si fuese así, el proceso que lleva a erigirlo como problema de investigación sería eminentemente retórico. Serían los discursos sociales sobre el tema, y la generalización misma de los procedimientos de despido bajo unas modalidades precisas denominadas prejubilaciones, los que dotarían de una supuesta consistencia temática, a nivel social, a cuestiones que en sentido estricto no la tienen. Este hecho determinó, como se explicará más adelante, que el discurso sobre las preju-

bilaciones, como fenómeno social, acabase siendo priorizado, tanto en su génesis como en sus consecuencias, como tema consistente en la investigación de las prejubilaciones.

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS CONTENIDOS CATEGORIALES Y LA INCONMENSURABILIDAD DE LAS CONDUCTAS

En la investigación antropológica el trabajo de campo nos pone inmediatamente ante una serie de realidades sociales que van desde los fenómenos estructurales (por ejemplo la estructura demográfica de una comunidad) hasta las manifestaciones conductuales de los sujetos sociales, que aparecen con una mayor o menos reiteración. Son sin duda estas últimas, y dentro de ellas las más reiteradas, las que suscitan un mayor interés en las ciencias sociales, ya que dejan entrever tendencias que no son fácilmente explicables como fenómenos individuales. Sin embargo, este tipo de conductas son en sí mismas bastante heterogéneas. En primer lugar cabe diferenciar los comportamientos organizativos, que fácilmente podrían ser considerados *normados*, de aquellos otros que, por muy reiterados que sean en sus contextos de aparición, son simplemente *normales*. Los primeros tienden a configurar conductas colectivas: pueden muy bien estar legalmente prescritos o responder, como en el caso de los comportamientos rituales, a pautas tradicionales conocidas e interpretadas con el objetivo de ajustarse a lo que hay que hacer y asumiendo la equivalencia del propio comportamiento con el de los demás. Los segundos son simplemente conductas coincidentes, y constituyen la mayor parte de los comportamientos sociales que aparecen en la vida cotidiana. Estas coincidencias conductuales pueden estar más o menos condicionadas por la disponibilidad de recursos de todo tipo, pero tienen una ineludible motivación individual que las pone en marcha y las conforma en sus contenidos. Por eso, ante comportamientos de este segundo tipo, es muy distinto definir una conducta a partir de un cuestionario realizado a un grupo social, que hacerlo a través de la comprensión contextualizada y “vívida” de esa de conducta. Los resultados de uno u otro proceso

son realmente diferentes. La claridad de la delimitación es inversamente proporcional a la profundidad de la vivencia. En la investigación cualitativa las conductas aparecen siempre con un alto grado de inconmensurabilidad.

Así pues, el problema de las definiciones no afecta sólo a la extensión de las categorías, de acuerdo con su consideración más o menos formal, sino también a su comprensión, es decir a los componentes conductuales que le dan contenido. El caso de la minería es muy emblemático. Entre las conductas atribuidas a los prejubilados están las que se refieren a sus relaciones familiares, al consumo de alcohol y a los trastornos psicológicos. Estas atribuciones se fundamentan en la idea de que las prejubilaciones generan problemas de ese tipo en la mayoría de los casos. Transcribo cuatro escenas, una tomada de las notas de campo y tres de distintas entrevistas en contextos diferentes:

(1) La primera escena tuvo lugar en uno de los pueblos altos del Concejo y recoge la entrevista con un prejubilado adicto al alcohol. Se trataba de una persona que, tras unos cuantos años de matrimonio viviendo en el valle, se había separado de su mujer, y había retornado al pueblo, donde vivía con dos de sus hermanos. Había convenido la víspera, con uno de ellos, en subir a entrevistarle: ‘No vengas antes de las once, y tampoco después, pues se levanta tarde y nada más levantarse se marcha al bar y ya no vuelve hasta la noche’. Según me contó se pasaba el día entero en el bar, y muchos días a las diez de la noche le acercaban a casa, a donde llegaba en unas condiciones tan lamentables que, sin cenar, le metían en la cama hasta el día siguiente. No tenía remedio y el médico le había aconsejado que le dejaran en paz, pues en las condiciones en las que se encontraba ya no había ninguna solución para él. Era un ejemplo extremo de lo que les puede suceder a los prejubilados. Al saludarle, recién levantado, observé un temblor permanente en sus manos, mientras accedía a que le hiciese algunas preguntas “pues en realidad no [tenía] nada que hacer”, aunque me pidió que apagase la grabadora, que acababa de encender. Le gustaban especialmente los fines de semana en los que su hijo de diez años venía a visitarle. Según me contó, en el bar no bebía, leía el periódico y salía de vez en cuando

para dar algún paseo a las orillas del río. Le gustaba sobre todo mirar a los pescadores. No volvía a casa hasta la noche, porque en el bar estaba más entretenido. Alternaba con unos y con otros y se enteraba mejor de todo lo que pasaba. Consideraba que llevaba una vida tranquila, mucho más que cuando vivía en el valle. Recordaba la mina, sobre todo cuando entró, y un accidente en los primeros meses de trabajo, en el que se mataron tres compañeros. La conversación se estancaba una y otra vez, sin fluidez alguna, y tras una media hora sentados en el banco de piedra adosado a la fachada de su casa nos despedimos en un momento en el que la brevedad monosilábica de sus respuestas anulaba por completo el valor etnográfico de mis preguntas.

(2) “Yo tengo cuarenta y seis años y tengo que estar aquí desde las ocho de la mañana a las ocho de la tarde para poder vivir. Y mientras tanto, ahí están éstos tocándose la barriga, sin nada que hacer y cobrando de lo que nosotros pagamos. Tú vas ahora a la plaza y vesla llena de chavales de la mi edad dando vueltas de un lado para otro, sin saber qué hacer. Y éstos son los buenos, que otros métense en los bares y nun salen hasta la hora de comer, y por la tarde lo mismo. Lo de las prejubilaciones nun tien nombre. Eso fue el mayor disparate de la minería. Antes aquí había mucha vida y mucha juventud. Pero desde que vinieron las prejubilaciones esto está muerto. Cada día cierra algún comercio y los que quedan nun van a resistir mucho tiempo, y nun lo digo por mí, que más o menos aguanto. Ahora se venden más periódicos que antes, porque como los prejubilados nun tienen mucho que hacer, leen la prensa más que antes. Pero dentro de poco, ya ni eso va a quedar.” (Vendedor de prensa)

(3) “Cuando dejas la mina andas unos cueantos días como desorientau, sin saber muy bien qué hacer...luego un día plántaste y dices: ‘Hostia, que ésto nun pue seguir así, que tengo que plantearme hacer algo, porque si no voy a acabar mal’. Y éso hice. A los pocos días de prejubilarme compramos una casina ahí en un pueblín de por riba de la carretera, y estuve siete meses arreglando por ella, llegando a casa a las diez de la noche todos los días.... Después com-

pré una yegua y la eché al monte, pa ir a verla, pa caminar, porque a mí éso de coger y marchar no me gusta; así sabiendo que tienes algo, corres por ahí arriba. Ahora la tengo pa Coto Bello y subo todas las semanas a verla. Levántome, y si nun fay muy malo, cojo esi calláu que ves ahí y p’arriba como un tiru. Si cuadra bien vuelvo a la hora de comer, y si no por la tarde. Nun sabes cómo me presta andar sólu por esos montes de ahí arriba. Yo tengo el tiempu bastante cogíu, tengo ahí un praín que estoy limpiando por él. Eso ye lo mío y luego los fíos y la huerta de casa de mi madre. Pa que nu acabe, porque dar nun te da ná que valga la pena, sólo trabajo y gasto de gasolina...bueno parezme que tengo el día bastante organizau. Fay ya pa tres años que estoy prejubilau y nunca me aburrí. Antes por el verano salíamos por ahí pero ahora no marchamos ni de vacaciones”. (Vigilante, 49 años).

(4) “Desde la Consejería pensamos que había que atajar el problema. Los prejubilados son bastante mal vistos en las cuencas mineras, porque la gente piensa que son unos egoístas, que sólo se ocupan de ellos, y que no hacen nada por la comunidad. Con el programa de *Prejubilación Activa* tratamos, sobre todo, de solucionar este problema implicándoles en actividades útiles. Primero para ellos mismo, para dotarles de iniciativas que pudiesen servir para llenar el tiempo de inactividad. Y luego para que cambiase la imagen que se tiene de ellos en las cuencas. Hicimos cursos de formación, más de 200 cursos, en los que participaron más de mil quinientas personas y organizamos cuatro programas de actuación, en los que participaban como voluntarios para hacer trabajos útiles para la comunidad. Hubo uno de recuperación de rutas rurales. Se trataba de recuperar caminos abandonados. Ellos mismos los limpiaron y los señalaron. Otros participaron en programas de difusión de la minería en los colegios de enseñanza secundaria y en los institutos: fueron allí enseñaron a los chavales cómo era la mina y cuáles eran los problemas de los mineros... Otros participaron en programas de Radio sobre temas sociales... Y había otro que trataba de reconstruir la vida de personas relevantes de las cuencas. Ellos mismos hacían de reporteros, recogiendo materiales que luego servían como un pequeño homenaje a los personajes ilus-

tres... *La Prejubilación Activa* fue un éxito extraordinario. Los que participaron, y fueron muchos, quedaron encantados....” (Responsable político)

He aquí cuatro escenas reales, particulares, pero prototípicas de la situación de los prejubilados en las cuencas mineras, y suficientemente densas y consistentes como para implicar vivencialmente al investigador. Prototípicas aquí significa que aparecen reiteradamente en los discursos sobre las prejubilaciones. No sólo los prejubilados que se comportan en el sentido previsto por los componentes negativos atribuidos a la categoría (1), sino también aquellos otros que reconocen el peligro de su situación y confiesan que lo tienen en cuenta y que planifican su vida de forma que sortean eficazmente los riesgos que les amenazan (3), y los trabajadores en activo que valoran negativamente las conductas de los prejubilados en la vida cotidiana (2), e incluso la propia administración que planifica políticamente su intervención de acuerdo con los supuestos implícitos de los males de la prejubilación (4), son indicadores claros del contenido hegemónico de la categoría de prejubilados que circula en las cuencas mineras. En ellas están presentes los sujetos fundamentales que componen el fenómeno social de las prejubilaciones: los prejubilados que fracasan en su trayectoria; los que se adaptan a su nueva situación y tienen el éxito buscado; la de aquellos otros que, sin ser prejubilados de la mina, se sienten profundamente contrariados, comparativamente, al ver que ellos tienen que trabajar para malvivir, mientras otros, con su misma edad, cobran sin trabajar bastante más que ellos mismos; y la administración, con una respuesta política a un problema asumido con más o menos acierto.

Las cuatro escenas hablan de las consecuencias negativas del proceso de prejubilación, y describen claramente diferentes versiones de su ejecución. Teóricamente cada una de estas versiones precisa de argumentos lógicamente trabados para poder ser explicada, y en la medida en que cada una de ellas incluye elementos específicos, se hace necesario estirar las implicaciones de las propuestas o limitar su alcance con una segunda línea de argumentos para que se salve la coherencia interna de las explicacio-

nes lógicas de los fenómenos. Con todo, el problema fundamental que es necesario resolver, antes de embarcarse en una u otra forma de explicación, es el de la relación de esas “consecuencias negativas” con el fenómeno mismo de la prejubilación.

Las ciencias sociales estudian cuestiones que tienen que ver con fenómenos colectivos. Lo correcto en este caso consistiría en delimitar grupos o conductas individuales dentro del colectivo que puedan ser tratados en las conclusiones de forma conjunta. Estaríamos entonces ante la tarea epistemológica de definir y aislar las variables determinantes de las características del grupo o de los subgrupos. Pero abierto el camino de la fragmentación del objeto, como los límites de esta posibilidad son imprecisos, se deja un amplio campo abierto a la opcionalidad del investigador: podemos llegar a un punto en el que las ciencias sociales por sí mismas dejen de serlo, al encontrarse con variables tan personales que sean ellas las que acaban explicando los casos particulares que se pueden describir dentro de un colectivo, o que las determinaciones sociales que afectan a algunos prejubilados provengan realmente de ámbitos distintos al de la temática de la investigación.

Tomemos por ejemplo los dos testimonios sobre la utilización del tiempo por parte de los prejubilados: el que se refiere a una persona que responde de forma muy adecuada a la imagen negativa de las prejubilaciones -con peligro de no tener nada que hacer y de utilizar el tiempo en el bar-, y la alternativa que nos presenta a un prejubilado utilizando adecuadamente su tiempo y muy alejado de los peligros que se anuncian en el discurso hegemónico. Sería posible encontrarnos con porcentajes notables de sujetos que hacen una u otra cosa, si no en su forma extrema sí al menos en manifestaciones conductuales parecidas. Podríamos entonces asumir que existen dos colectivos prototípicos, dentro del ámbito de la investigación, o seguir indagando minuciosamente en las diferencias de las conductas supuestamente homogéneas de cada uno de ellas. Esta opcionalidad se fundamenta en la apreciación subjetiva de las conductas aproximadas. Clasificar a un sujeto dentro de los que pertenecen a una u otra forma de categorizar es una tarea complicada, dado que la

aproximación, a diferencia de la identidad, arrastra consigo un sin fin de fisuras lógicas que permanecerán como tales en el proceso de argumentación. Se podría alegar que las técnicas cualitativas obligan, en su aplicación, a disponer de datos suficientes sobre los sujetos implicado en la observación e información, como para documentar la forma como las “aproximaciones conductuales” tienen consistencia social. Pero realmente eso es imposible, como se ha puesto de manifiesto una y otra vez al cuestionar, desde las técnicas cualitativas, el proceso de generalización. Que estas generalizaciones dependen del grado de relación que se mantenga con uno u otro caso es bastante probable: la posibilidad de realizarlas es mayor cuanto menor sea la implicación del investigador en el fenómeno estudiado. Mi relación con la persona alcohólica de la escena (1) no fue ciertamente muy intensa, pero sí tuve un contacto permanente con sus hermanos, y su caso llegó a ser para mí una cuestión relativamente personal, hasta el punto de que mi interés ante ellos por el tratamiento que recibía y por la forma de reconducirlo, cuando el médico les había sugerido dejarle en paz, traspasaba ampliamente los límites del interés profesional. El discurso de sus hermanos sobre la prejubilación era contundente y no admitía dudas. En realidad ellos sabían tan bien como yo que su hermano tenía problemas de alcohol y problemas familiares desde antes de la prejubilación.

Así pues, en el orden de las conductas, las categorías colectivas acaban desvirtuándose en su aplicación a los sujetos concretos. Su inconmensurabilidad nos permite aventurar que los problemas de los prejubilados con el alcohol o con la familia o sus trastornos psíquicos no eran atribuibles a la prejubilación, sino a las personas. Y otro tanto podemos decir de los que sortean con éxito estos peligros: aquellos que, como el prejubilado de la escena (2), organizan su tiempo de una forma socialmente aceptable, lo hacen desde sus características personales. De esta manera se estaría desvirtuando el problema de los prejubilados. La prejubilación tendría efectos de una u otra naturaleza sobre los sujetos investigados, pero en realidad esta cuestión acabaría reduciéndose a un problema de tipo particular relegado al ámbito de la psicología.

Hé aquí pues una fisura añadida a la temática de la investigación, la que se abre entre las dimensiones sociales y las predisposiciones psicológicas de las conductas. Cualquier opción asumida por el investigador de estos temas tiene que abrirse paso amparándose una vez más en algún tipo de argumentación retórica, dado la total imposibilidad de solucionar el problema de otra manera. En el ámbito de las opciones explicativas nunca faltan en el campo elementos particulares que uno, por los motivos que sea, acaba preferenciando frente a los demás. Éste es el momento de añadir una quinta escena a las cuatro anteriores.

(5) En el verano de 2004, en pleno trabajo de Campo en las cuencas mineras asturianas, necesitaba datos que sólo podía obtener de los sindicatos, y tras diversas idas y venidas por las delegaciones locales acabé en las Oficinas de HUNOSA en Oviedo, en el espacio asignado allí a uno de ellos. Tras exponer el motivo de mi visita el encargado del servicio me dijo que eran realmente reacios a colaborar con los que pasaban por allí pidiendo información sobre los prejubilados, pues luego cada uno la utilizaba como le convenía, y el resultado era que las cosas que se estaban haciendo no hacían más que extender la mala imagen de los prejubilados. Sin duda se refería a algunos periodistas que habían publicado en la prensa local varios reportajes en los que de una u otra forma hablaban del fracaso personal y social de los prejubilados. En ellos los problemas psicológicos y familiares de los prejubilados se asociaban directamente con el fenómeno de las prejubilaciones. El alcoholismo y los malos tratos habían aumentado en las cuencas y el futuro de los concejos mineros estaba totalmente cerrado como consecuencia de unas decisiones estratégicas en las que habían participado activamente los sindicatos. Algunos contactos y colaboraciones previas con algunas publicaciones de este sindicato me permitieron salir de allí con la información solicitada y con el compromiso personal de que, lo que generosamente me habían facilitado, no sería utilizado para apuntalar la mala imagen de los prejubilados.

Un año después se me pidió una colaboración para un monográfico de la Revista de Antropología Social, dedicado a la Figuración

Social, y escribí el texto “La construcción discursiva de la mala fama. Imágenes de rechazo y hechos del contexto social” (García, 2006). En él trataba de corresponder con la generosidad de mis informantes sindicales, implicándome directamente en desmontar las imágenes sociales que pesaban sobre los prejubilados en las cuencas mineras. Posiblemente ese texto nunca se hubiese escrito sin las advertencias recibidas un año antes en el sindicato minero. Sabía perfectamente cuando lo inicié que lo que quería hacer era precisamente contra-argumentar sobre el discurso hegemónico de la mala fama, aunque, a decir verdad, entre mis materiales anteriores y los que pude coger, a partir de aquel momento, abundaban ingredientes suficientes para ir en esa dirección. Sin embargo, la opción de preferenciar unos datos sobre otros y de buscar argumentos en una u otra dirección estuvo motivada por la escena que acabo de relatar.

Una vez más estamos ante la opcionalidad sobre la naturaleza de las conductas. Asumir la consideración (5) significaba poner en duda el discurso hegemónico sobre las consecuencias de las prejubilaciones y buscar argumentos para refutar las versiones alternativas. Tomar en consideración las escenas (1), (2), (3) y (4), y vincularlas como efectos a las prejubilaciones implicaba rechazar la idea sindical de que la mala fama de los prejubilados estaba motivada por consideraciones injustificables.

Cuando tuvo lugar la visita a los sindicatos (5) tenía ya bastantes materiales recogidos sobre los problemas de la prejubilación. A partir de entonces, mis entrevistas y mis observaciones empezaron a incluir elementos destinados a probar mi promesa de una forma documentada. Para entonces había escrito ya un texto sobre prejubilados (2007a), que por problemas editoriales se publicaría un año después del de la “mala fama”, en el que analizaba, con materiales de la primera parte del trabajo de campo, los mecanismos a través de los cuales los prejubilados llegaban a afrontar su situación de inactividad, y sus formas de llenar su tiempo libre. En este texto no se hacía ninguna valoración de las “malas prácticas de los prejubilados”. Tras la visita a los sindicatos, busqué los reportajes de la prensa a los que se referían los sindicatos y dirigí mis indagaciones a conocer la repercusión que habían tenido entre los prejubilados. Es a

partir de esa circunstancia como se llegó a replantear el tema de la prejubilación no sólo en el citado artículo sobre “la mala fama”, sino también en algunos de los otros textos sobre el tema, que han ido apareciendo hasta el momento (García, 2007b, 2008a, 2008b).

EL PROCESO DE ORGANIZACIÓN TEÓRICA

Además de las implicaciones personales que se generan en el trabajo de campo, el antropólogo y los científicos sociales llegan a sus temas de estudio profundamente mediados por la opcionalidad adicional de sus adscripciones teóricas. Las teorías científicas, al margen de su mayor o menor aplicabilidad a los fenómenos estudiados y, en consecuencia, de su mayor o menor validez, son instrumentos de conformación social en relación con la comunidad de investigadores. Su adopción y su posible refutación, además de procesos intelectuales, son fenómenos sociales en el sentido estricto del tema. Las prácticas académicas tienen un fuerte valor performativo sobre estas configuraciones. La identidad de los colectivos académicos se basa en la utilización de recursos muy similares a los que tienen lugar en los grupos sociales. Recursos ampliamente reconocidos como elementos paradigmáticos y que tras su refutación pueden pasar a conformar un fondo patrimonial socialmente reutilizado por los colectivos académicos. En otro lugar he tratado de explicar los procesos de patrimonialización que acompañan a la conformación de las realidades científicas (García, 2007c). Las materias, los temas, y los paradigmas disciplinares, están plagados de lugares comunes de esta naturaleza. Afirmar a estas alturas que los blindajes disciplinares, las legitimaciones de las escuelas y las formaciones teóricas, responden a la lógica de los procesos incontaminados de la ciencia, es una pura ilusión. Una forma muy elocuente de constatar el carácter temporal y las dimensiones sociales del análisis de los materiales consiste en comparar, por ejemplo, dos productos, formalmente semejantes, de lo que Wittgenstein (1989) llamaba “juegos del lenguaje” y reflexionar sobre las diferencias analíticas a las que pueden ser sometidos.

“No hay nadie, allí, que mire; están los ojos a sueldo en oficinas. Vacío abajo corren ascensores, corren vacío arriba, transportan a fantasmas impacientes: la nada tiene prisa. Si se aprieta un botón se aclara el mundo, la duda se disipa”. (Salinas, 1971:120).

“Hasta el sol subirá tu pesadumbre y tu ictericia; en el calor del toro rojo te envolveremos. Te envolveremos en matices rojos por toda una larga vida. ¡Que quede esta persona ilesa y libre del color amarillo! Te envolveremos en todas las formas y todas las fuerzas de las vacas, cuya deidad es Rohini y que además son rojas (rohinī). Dentro de las cacatúas, dentro de los tordos pondremos tu amarillez y además en el pajizo doradillo de inquieta cola pondremos tu amarillez.” (Frazer, 179:39).

No sé si las diferencias formales de estos dos textos son tan divergentes como para ser susceptibles de producir conclusiones tan alejadas. Que lo primero sea un excelente poema de P. Salinas perfectamente compatible con un privilegiado funcionamiento de la mente y lo segundo una expresión intelectualmente frustrada del pensamiento mágico, en este caso –y según Frazer– de los antiguos hindúes, es algo que por muy establecido que esté en el ámbito de las discusiones académicas, no tiene mucho sentido. Pero que además estas conclusiones se hayan consolidado en épocas distintas y dentro de dos disciplinas diferentes, es algo que habla claramente del carácter convencional de este tipo de discursos en los espacios académicos..

En el caso de la teoría sobre la llamada “mentalidad mágica”, esta forma de proceder, tomando algunas manifestaciones como expresiones totales, deslocalizando conductas y agrupándolas bajo analogías teóricas, para dar respuesta a un problema intelectual, posibilitó la entrada de la retórica en las argumentaciones de quienes polemizaban e inhabilitó a sus autores para darse cuenta de la contingencia de sus explicaciones. Absurdo pues leer racionalmente las conductas y los pensamientos fuera del contexto social, tanto como lo sería leer el verso de cualquier poeta, analizando la inconsistencia literal y lógica de su contenido. Esta forma teórica de construir y solucionar un problema es sólo un ejemplo de lo que sucede en la mayor parte de las explicaciones de los fenómenos sociales. Si nos resulta

fácil y normal analizar bajo el punto de vista de su producción social y académica las teorías del pasado, no debería de ser un ejercicio extraño adjuntar en el desarrollo de las propias elaboraciones teóricas las consideraciones que de una u otra manera las justifican.

El tema no es tanto el de conocer las implicaciones subjetivas de las opciones argumentales que aplicamos a nuestros datos, con la intención de deshacernos de ellas y conseguir la asepsia requerida para las ciencias sociales –objetivo a todas luces imposible de realizar–, sino el de compaginar todos los ingredientes del proceso científico, desde los materiales hasta los recursos explicativos, con las *posiciones intencionales* del investigador. Obviamente este proceso no faculta al científico social ni para deformar ni para ocultar o desvelar los datos, de acuerdo con los objetivos que pretende, pero forma parte, en el sentido literal del término, de la *metodología*, y –sin renunciar en absoluto a las implicaciones subjetivas que contiene– conforma el espacio adecuado y necesario para la prefiguración de las hipótesis que han de guiar la investigación.

Volvamos a las cinco escenas sobre la prejubilación descritas más arriba. La alternativa ante la que nos encontrábamos era la de explicar como anómalas las quejas de los sindicatos y acatar la realidad que se deja traslucir, de una u otra forma, en las cuatro escenas restantes, o asumir el punto de vista sindical y desentrañar la lógica teórica que es compatible con las cuatro escenas, en este caso discordantes. El camino seguido en el artículo sobre “La construcción discursiva de la mala fama” fue precisamente el último. Desde el punto de vista personal apareció, en aquel momento del trabajo de campo, un cierto escepticismo sobre los hechos que se me habían ido narrando relativos a los problemas de los prejubilados, incluso por los mismos prejubilados, y ello me llevó a orientar mis investigaciones a contrastar la relación entre el contenido de los discursos y sus referentes.

En relación con la escena narrada en (1) es decir, la que nos informa del incremento del alcoholismo, de los conflictos familiares y de los trastornos psicológicos de los prejubilados, en ninguna de las entrevistas realizadas para la investigación encontré a nadie que se reconociese a sí mismo como una víctima de la situa-

ción y que se confesase afectado por las conductas atribuidas a los prejubilados. Sin embargo, un buen número de ellos reconocían la existencia de los problemas indicados y algunos, los menos, eran capaces de describir algunos casos de su entorno inmediato. La investigación personal de los hechos se centró en el seguimiento de la biografía de esos pocos casos de personas que respondían referencialmente a los discursos. Todos los que llegué a conocer (no más de cinco) eran personas que, como el protagonista de la escena (1), arrastraban los problemas que padecían desde antes de las prejubilaciones. El discurso procedía entonces de una forma poco rigurosa, conceptualizando las conductas como efectos de las prejubilaciones, sin explicitar que los que llegaban a prejubilarse arrastraban consigo las características biográficas de su estado anterior. El carácter narrado de los hechos y la consistencia referencial de los discursos se mantenía además con una deslocalización de la base empírica de los relatos discursivos: desde el Concejo de Aller se decía expresamente que los problemas aludidos eran mucho más frecuentes en los grandes concejos mineros de Mieres y Langreo, que en el propio Municipio de Aller, mucho menos poblado y más tradicional. El discurso pues seguía sin ser contradictorio, a pesar de que el conocimiento que se tenía del entorno inmediato no proporcionaba la base empírica necesaria para sostenerlo.

La escena número (2), se refiere al conflicto social generado en la vida cotidiana entre los prejubilados y sus compañeros de infancia y adolescencia y juega un papel muy importante en el apuntalamiento de los contenidos del discurso sobre la mala fama. Si alguien no ha recibido bien las prejubilaciones son los que, con la misma edad que los prejubilados, tienen todavía una amplia vida laboral por delante. Bastaba insistir en sus informaciones y observar las formas retóricas –como la ironía y los enunciados hiperbólicos (García, 2006)– que acompañan a sus encuentros con los prejubilados, para deducir que la situación es altamente disonante, y que ella, más que ninguna otra, juega un papel fundamental en el sostenimiento y divulgación de los discursos sobre la mala fama. Jóvenes con dinero y que no trabajan tienen una amplísima probabilidad de caer en los

peligros enunciados más arriba. Los mejores divulgadores de esta teoría son aquellos que se encuentran más alejados de ella: los jóvenes que tienen que ganarse la vida trabajando y que se sienten discriminados ante sus compañeros inactivos.

La escena (3) recoge la paradoja que se produce cuando la mayoría de los prejubilados entrevistados reconocían la realidad del peligro, pero negaban que ellos mismos lo hubiesen corrido alguna vez. Esto me llevó a plantear el problema de que los discursos que hablan de la categoría colectiva, son perfectamente compatibles con las valoraciones personales que en un momento concreto de la interacción social se hace de cada uno de los individuos prejubilados: sujetos intachables que, reconociendo los peligros, se libran ellos mismos de caer en ellos. La prensa jugó un papel muy importante en el mantenimiento de este sofisma, y su influencia sobre la construcción de estos fenómenos fue decisiva. El año 1996 los periódicos regionales tomaron como tema reiterado el de las nefastas consecuencias de las prejubilaciones. Como consecuencia de la mala construcción categorial, de la que se ha hablado más arriba, se generalizaron observaciones de un espacio social para trasladarlas a otros. Por ejemplo, a raíz de la presentación de una tesis doctoral en la Universidad de Oviedo, del médico Luis Fernando Rodríguez, sobre la salud de los prejubilados de Ensidesa y de Asturiana de Zinc (que se habían jubilado con edades muy próximas a las ordinarias de jubilación), *La Voz de Asturias* (12.6.1996) escribió: “Lo que hasta ahora parecía sólo una sospecha ha llegado finalmente a confirmarse. Los asturianos jubilados anticipadamente padecen mayores niveles de ansiedad que la población general de su misma edad”. En la misma fecha, *La Nueva España* generalizando los datos para el conjunto de la prejubilación asturiana, informaba que el 20% de los prejubilados presentaban alteraciones mentales. Previamente la prensa había alertado ya sobre el tema y pontificaba que “El alcoholismo y los malos tratos familiares son las consecuencias más graves de la falta de una política de ocio” (*La Nueva España* 20 de Marzo de 1996). Lo curioso del tema es que los mismos prejubilados, cuando hablan de sus problemas, en vez de recurrir a sus propias

experiencias, citan “lo que ha dicho la prensa” y asumen estos discursos divulgados y acriticamente aceptados como consecuencia del importante poder que sobre la opinión pública tiene la prensa escrita. Este hecho es socialmente muy importante y justifica plenamente el comportamiento de un buen número de prejubilados que, advertidos sobre los peligros en los que se encuentran, planifican su tiempo con la intención explícita de no verse atrapados por los peligros que se enuncian en los discursos sobre la mala fama de los prejubilados, como nos narra el interlocutor de la escena (3). Los discursos pues, más allá del valor referencial de sus contenidos, juegan un papel performativo en relación con las conductas de una buena parte de los prejubilados.

La escena (4) no es difícil de justificar, desde este mismo contenido. Es curioso, en cualquier caso observar, que el problema de los prejubilados no existió para las administraciones públicas hasta el año 1996, cuando empezaron a aparecer en la prensa local los reportajes indicados. Incluso entonces las autoridades públicas fueron reacias a otorgar a la prensa la credibilidad que luego le dieron y algunas despacharon la polémica hablando de “modas pasajeras” (*La Nueva España*, 18 de Mayo de 1996). La paradoja vino más tarde, cuando se decidió intervenir con el programa de *Prejubilación Activa*, ya en el año 2002, aprovechando los dineros del Plan Complementario de Reactivación de las Cuencas Mineras. No es un hecho intrascendente, desde el punto de vista categorial, que la puesta en marcha del programa de *Prejubilación Activa* del Principado de Asturias se haya iniciado con una investigación encargada a la Universidad de Oviedo que llevaba por título *Análisis de la jubilación anticipada en Asturias*” (Díaz y Prieto, 2003). En ella se mezclan todo tipo de prejubilaciones y de jubilaciones anticipadas, en orden a detectar, de forma unitiva, problemas y proponer soluciones. La categoría de prejubilado que se utilizó fue la que circulaba en los discursos que acabamos de relatar, y la prueba, en mi caso, de que las necesidades detectadas en ese contexto eran bastante irreales, se desprende del contraste existente entre la valoración política del programa y el gran desconocimiento del mismo por parte de la mayoría de los mineros prejubilados:

CONCLUSIONES

Tras esta exposición, el problema consiste en dilucidar si las argumentaciones que quedan expuestas más arriba están contaminadas o no. Para contestar a esta pregunta hay que diferenciar los fenómenos estructurales, que tienen una objetividad contrastada, de los fenómenos contingentes y conductuales. Los primeros tienen una consistencia determinante y conforman la realidad social en relación con la comunidad. En nuestro caso, y en lo que respecta al Concejo de Aller, no hay duda que estamos asistiendo a los cambios producidos por lo que ha sido el motor de la economía durante los últimos cien años. Desde este punto de vista, las prejubilaciones no son la causa de casi nada, sino un efecto más de la situación creada tras un convulso siglo de minas que acaba con más prejubilados que trabajadores en activo, con un contraste social impresionante entre las formas de vida tradicionales e industriales, y con una preocupación política por la situación que hace que el tema haya llegado a ser una de las materias incluidas en el Plan Complementario de Reactivación de las Cuencas mineras. En definitiva, un Concejo despoblado, con apenas trece mil habitantes, más o menos la mitad de los que vivían allí cuando empezó la crisis de la minería que acabó, en 1969, con la creación de HUNOSA. También es incuestionable la existencia objetiva de un imaginario social que se expresa en un discurso hegemónico sobre los prejubilados, en el sentido que acabo de señalar, y que ha sido divulgado y alentado desde la prensa local, con reportajes que han tenido un fuerte impacto en la conformación de la opinión pública.

Los hechos contingentes y conductuales son de otra naturaleza. La diversidad interna de las conductas es un fenómeno social de gran trascendencia que con frecuencia ha sido arrasado en los procesos de generalización temática. Como los ingredientes de los comportamientos sociales son de una u otra forma inconmensurables, sus relaciones lo son también. La adhesión a una de las alternativas, por parte de los investigadores, lejos de quebrantar la asepsia exigida por el conocimiento científico, es una condición ineludible del proceso de investigación. Por mi parte, he tratado de explicar coherentemente algunos acontecimientos contradictorios de mi

experiencia de campo en el estudio de los mineros prejubilados, y lo he hecho de acuerdo con una intencionalidad bien definida, inspirada en un compromiso personal adquirido durante el periodo de investigación. El artículo sobre “La construcción discursiva de la mala fama”, y otros que siguieron la misma línea argumental, posiblemente no se hubiesen realizado, de forma tan explícita, sin aquella visita sindical y sin que se me hubiese hecho la advertencia sobre la “correcta” utilización de los materiales que se me facilitaban. Si duda existieron otros acontecimientos en el trabajo de campo, que me hicieron avanzar en la misma dirección, entre

ellos el conocimiento personal y, porqué no decirlo, la complicidad con la mayoría de los prejubilados entrevistados y observados. Aunque este camino no se hubiese podido realizar si los materiales encontrados no se hubiesen ajustado a las relaciones sociales establecidas a lo largo del proceso etnográfico, sin ellas, ni siquiera se habría puesto en marcha el recorrido. Cualquier investigación es, de una u otra manera, un acontecimiento social, lleno de avatares que van mucho más allá de las consideraciones estrictamente epistemológicas que se requieren para que se produzca el conocimiento científico de la realidad social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CASTILLO, J.J. (1998): *A la búsqueda del trabajo perdido*. Madrid, Tecnos.
- CASTILLO, S. (2008a) El tiempo que no(s) sobra. Prejubilación, morfología urbana y actividad en el contexto avilesino. En *Política y Sociedad*, vol. 45: 1(261-280).
- CASTILLO, S. (2008b): El sindicalismo en la disidencia: prejubilados en los márgenes del control laboral. En Castillo, S y Devillard, MJ (coords) *Tiempo de espera en las fronteras del mercado laboral: nuevos agentes sociales en el espacio social*. Actas del XI Congreso de Antropología, San Sebastián, Ankulegi 191-208.
- CLIFFORD, J. y MARKUS, G. E. (eds) (1991): *Retóricas de la Antropología*. Gijón, Júcar.
- DEVILLARD, M.J. (2008a): “Trabajar “sin cobrar” y cobrar “sin trabajar””. *Sociología del trabajo*, nueva época, núm 62: 54-93.
- DEVILLARD, M.J. (2008b): Incertidumbre y prejubilaciones: ¿una hidra socio-cultural? En Castillo, S y Devillard, MJ (coords) *Tiempo de espera en las fronteras del mercado laboral: nuevos agentes sociales en el espacio social*, 11: 159-173.
- DÍAZ, C. y PRIETO, B. (2003): *Análisis de la Jubilación anticipada en Asturias*, Universidad de Oviedo: Departamento de Economía Aplicada (Texto mecanografiado).
- FOUCAULT, M. (1969): “¿Qu’est-ce qu’un auteur?” *Bulletin de la Société Française de Philosophie*, núm. 22, t. LXIV, jul.-sept, pp. 73-104.
- FRAZER, J.G (1979): *La Rama Dorada, Magia y Religión*, Méjico, F.C.E.
- GARCÍA GARCÍA, J.L (2006): La construcción discursiva de la mala fama de la prejubilación entre los mineros: Imágenes de rechazo y hechos del contexto social, en *Revista de Antropología Social*, 15:63-84
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2007a): Caminos a ninguna parte: un análisis de las prejubilaciones en la minería asturiana desde los registros del tiempo, en J.M.Uribe (org.) *En Clave.Ibérica: Vecinos, caminos y mudanzas culturales*. Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 227-249.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2007b): Las fronteras del Estigma. De mineros y prejubilados, en M. Cunha y L. Cunha, (Orgs.), *Intersecções ibéricas: Margens, passagens e fronteiras*. Lisboa, Editora 90°, 227-249.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2007c): Del conocimiento antropológico y de su patrimonialización, en *Política y Sociedad*, 44:159-173.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2008a): La categorización de las relaciones de género en el contexto de la mina y de las prejubilaciones, en *Sociología del trabajo*, 62:29-53.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2008b): Variaciones en torno al trabajo o la estructura moral de las actividades e inactividades retribuidas. El caso de las prejubilaciones, en S. Castillo y M.J. Devillard (Coords.), *Tiempo de espera en las fronteras del mercado laboral: nuevos agentes sociales en el espacio social*. San Sebastián: Ankulegi, 143-157.

- GARCÍA GARCÍA, J.L. (2008c): La intervención política y la construcción de las categorías colectivas. la prejubilación de los mineros como problema social (en prensa).
- JOCILES, M.I. y FRANZÉ, A. (2008): "Origen y funciones de las asociaciones reivindicativas de prejubilados: descripción para un debate". En Castillo, S y Devillard, MJ (cords) *Tiempo de espera en las fronteras del mercado laboral: nuevos agentes sociales en el espacio social*. Actas del XI Congreso de Antropología, San Sebastián, Ankulegi, 175-190.
- SALINAS, P. (1971): Poesía, Madrid, Alianza Editorial.
- WITTGENSTEIN, L (1988): Investigaciones Filosóficas, Barcelona, Crítica, D.L.